

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 9 DE MAYO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

N.º 622

AÑO IV

DE ACTUALIDAD

LA SEDA Y EL PIMIENTO

Los huertanos riñen hoy batalla en defensa de una de las más ricas producciones de nuestra vega, la seda, como ayer la riñeron y la continúan riñendo en defensa de otra producción no menos importante, el pimiento.

Abogaban entonces por la pureza del artículo, como hoy abogan por el establecimiento de un precio remunerador, que les indemnice de los mil esfuerzos, trabajos y sacrificios llevados a cabo para obtener la preciadísima cosecha.

Hay que conocer la labor impropia que significa para las familias huertanas la producción de la seda, para comprender con cuanta justicia el productor solicita un precio que no haga infructuosa dicha labor, que les resarza de los gastos verificados, que les proporcione la pequeña ganancia a que tan legítimamente aspiran y a que tienen perfecto derecho.

El trabajo honrado de los huertanos, bien merece la justa retribución de ese precio remunerador a que aspiran y para obtener el cual intervienen con un celo y un interés que les honran muchísimo las autoridades de Murcia, con intervención eficaz y amistosa cerca de los compradores, cerca de los dueños de las fábricas.

Vemos con gran simpatía el noble esfuerzo con que las sociedades agrícolas, recientemente constituidas en nuestra vega, defienden esta riqueza de la seda, como antes defendieron la riqueza del pimiento: las ventajas de la asociación se patentizan en estas utilísimas y prácticas campañas, en que la unión de nuestra población rural se convierte en una fuerza verdaderamente poderosa.

Pimiento puro y sin mácula, dicen los huertanos: precio remunerador para la seda; seda y pimiento son hoy las principales riquezas de nuestra vega feracísima y su defensa constituye una cuestión de vida ó muerte para el agricultor.

Esperamos y deseamos que ningún egoísmo, que ninguna intransigencia se oponga a la justísima demanda de los cosecheros de seda: que se establezcan precios razonables y no se pierda en el vacío el noble interés con que nuestras autoridades ayudan la simpática gestión de los huertanos.

PLUMAZOS

El Teatro Lírico.

El alumbramiento ha sido laborioso, pero feliz: después de muchos meses de preparación, ha abierto sus puertas el Teatro Lírico, y el primer estreno, el de la ópera «Circe» de Chapí, ha sido un grande y justo éxito.

El ilustre maestro ha añadido nuevos laureles, á los muchos que ya ornaban su sien y la empresa de implantar con base firme la ópera española, se ha inaugurado con venturosos auspicios, que deseamos continúen en los estrenos sucesivos.

La labor que Berriatúa se ha propuesto, es altamente patriótica y merece un éxito completo. Si de esta prueba, quizás definitiva, sale triunfante la ópera española, fracasada en otras tentativas, tendremos harto motivo para congratularnos todos los amantes de los progresos de la música española.

En otro lugar damos cuenta del éxito alcanzado por «Circe» y de la ovación prodigada á la brillante partitura de Chapí. A la ópera de este segurán las de otros ilustres maestros, y ojalá todas

ellas sigan por igual camino de laureles.

INSTANTANEAS

DIEZ AÑOS

A la preciosa niña Lolita Amorós, en su comunión primera.

Tras de tus vírgenes labios tuvo un sagrario la Hostia, más que de diamantes y oro caja sublime y hermosa.

Ya las gracias más divinas y las luces más grandiosas el arca de la alianza de tu inocencia atesora, y ya viven en tu pecho los destellos de la gloria que á través de los cristales de tus pupilas asoman como luces que palpitan en una piedra preciosa.

Diez años tan solo tienen los nácares de tus formas y los soles de tus ojos y las perlas de tu boca.

Todo fué un rayo de luz que se escapó de una aurora, un rayo de luz bendito de esos que en las tibias horas vienen á besar sedientos los cálidos de las rosas.

Pero esá destello lánguido que por tus ojos asoma para alumbrar el pentágrama de tus mejillas hermosas, escribe un himno de vida en las líneas de tu boca que cantas con tus palabras como delicadas notas, que dan comienzo al poema de una esperanza tras otra.

Por el cristal de tus ojos miro y me asomo á la gloria, cierro los párpados luego y suelta dejo que corra la imaginación los años, y ella galopa y galopa; y cuando pasa las cinco primaveras luminosas, la imaginación se queda por un breve instante absorta ante el cielo de hermosuras que tu porvenir corona y ante la luz de otros mundos que para adorarle entonan tiernos cantares de amores cuyas melodías forman la diadema de los triunfos y el laurel de la victoria.

Y más, y más, yo no puedo expresar todas las cosas que á la luz de tus pupilas vió mi imaginación loca galopando por los tiempos que en el porvenir se engolfan; los diez años de tu vida son la portada grandiosa del templo de la belleza que por tus ojos asoma: y hoy al ver que son tus labios el sagrario de la Hostia, pienso que Dios abre el templo lleno de luz y de aroma y que de gozo los ángeles están repicando á gloria.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

El pagaré de Don Serapio

A las cuatro de la madrugada se revolvió una vez más D. Aquilino sobre su estrecho catre de tijera sin haber podido pegar los ojos en toda la noche. La cosa no era para menos. El invierno había sido poco fecundo en ingresos y la primavera se echaba encima con un cortejo de gastos que no sabía como satisfacer. Por añadidura, deudas antiguas y no saldadas venían proporcionándole

serios disgustos, pues los acreedores por medio de cartas le amenazaban frecuentemente con liarle en actuaciones judiciales.

El más impaciente de ellos era don Serapio, un usurero sin entrañas que cuando se trataba de la devolución de los préstamos no tenía para nada en cuenta la penuria del prójimo. Su última misiva era conminatoria. Estaba harto de tantas dilaciones y dispuesto á entregar á un procurador el pagaré de las quinientas pesetas si en el preciso término de cuarenta y ocho horas no se le hacía efectivo con sus intereses.

¡Quinientas y pico de pesetas! Con una solamente se hubiera contentado para comer aquel día el infeliz D. Aquilino. Huérfano de protección oficial, el empujillo de escribiente que servía en la Dirección de Propiedades se lo quitaron con motivo del último arreglo, y desde entonces venía pasando las de Cain por hallarse agotado su crédito, del que habían ya tanto caso los prestamistas como de las copias de Calainos. Pensó fugarse de Madrid, pero ¿adónde iba con sus huesos? En todas partes encontraría la miseria.

El quitado quiso olvidarse de la carta del Matatías, pero pronto comenzaron á brincar las letras desiguales del escrito como fuegos fatuos en la obscuridad de la alcoba. Sentía en el estómago los mordiscos del hambre y una angustia indefinible se apoderó de su espíritu. Dirigió su turbia mirada al balcón. Del quinto piso que ocupaba bien habría veinte metros hasta la calle. Se veía por el espacio dando volteretas, yendo á estamparse los sesos en el arroyo. Este era el final de una vida de trabajo y de privaciones sin que en aquel momento le acusase la conciencia haber hecho nada merecedor de conclusión tan miserable.

Con ronco acento, y el delirio de su naciente agonía, exclamó el desdichado, dejando caer la cabeza sobre la almohada:

—¡Satanás, ven en mi ayuda! Duraba aun en el aire la vibración de estas palabras, cuando surgió del suelo, precedido de la llamarada compañera de tales apariciones, un bizarro manco vestido á la usanza de los Meffistófeles operistas. D. Aquilino se quedó patético al verle, y más todavía cuando el recién llegado le dijo:

—¡Aquí me tienes, pide por esa boca. Hizo nuestro héroe de tripas corazón, y tras un breve y mental cálculo de sus necesidades, se arriesgó á contestar:

—Con mil duros podría salir del paso.

—Como estos—se oyó al endablado adolescente, sacando de un bolsillo de su jubón cinco billetes de mil pesetas.

—¿Son buenos?—preguntó D. Aquilino, que empezaba á recobrar el ánimo.

—Nosotros no damos moneda falsa—replicó aquél un tanto amostazado.

—Dispensa, hombre, ó lo que seas. ¿Tú eres Lucifer?

—No, soy Belial, uno de sus ministros.

—El de Hacienda, vamos.

—Tampoco. Estoy encargado de la zona de reclutamiento de la provincia de Madrid.

—¿Y hay muchos... voluntarios?—masulló D. Aquilino, al que con el diálogo se le iba poniendo carne de gallina.

—Un ejército alistó cada día. Con que, terminemos el asunto, porque me están llamando de la casa de enfrente.

—¿Qué hay que hacer?

—Firmar un impreso.

El de la zona madrileña, sacando de su escarcela tintero y pluma, presentó un papel al «recluta», y éste lo firmó con inseguro pulso, no sin leer antes su contenido, que «rezaba» así:

«Por el presente documento declaro que he vendido mi alma al demonio, habiéndome entregado al efecto la cantidad por ello estipulada. En su consecuencia, renuncio á la salvación eterna y me someto á la jurisdicción infernal por los siglos de los siglos.»

—Amén—dijo D. Aquilino contando los billetes.

El diablo desapareció por escotillón, llevándose el papel, y dejó en el cuarto como recuerdo de su visita el clásico y consiguiente olor á azufre.

Diez años después de esta escena se encontraba una tarde D. Aquilino en la cama, luchando con la muerte, que valiéndose de una pulmonía doble quería transportarle en gran velocidad al otro barrio. El médico se declaró vencido ante la ineffecticia de los menjarjes con que venía atiborrando al enfermo, y éste, al verse desahuciado, pidió ansiosamente los auxilios espirituales.

—¡Pronto! ¡Quiero confesarme! ¡Se trata de mi salvación eterna!

Fueron los de la casa corriendo á la parroquia más cercana, pero la dolencia iba tan de prisa, que cuando llegó el sacerdote acababa de expirar don Aquilino.

Aquella misma noche, entró en el infierno un cargamento de réprobos, y como de costumbre, Satanás, sentado en su trono, al que rodeaba numerosa corte de dignatarios, pasaba lista á sus nuevos súbditos antes de enviarlos á las marmitas correspondientes. Ninguno de los llamados hacía objeción alguna y todo marchaba con orden y silencio, que fué interrumpido del modo siguiente:

—¡Aquilino Lopez!

—Servidor. Y conste mi protesta por el escandaloso atropello de que soy víctima.

—¡Guarde ceremonia el condenado!—gritó uno de los ujieres palatinos.

—¿Quién se atreve á protestar?—preguntó el rey del averno.

—Yo—contestó audazmente nuestro finlito D. Aquilino, resuelto á jugarse el todo por el todo.—Y quiero que se me explique por qué me han traído aquí.

El monarca de las tinieblas consultó la documentación de los penados, y mostrando el impreso de antaño al protestante, le dijo:

—Según esta firma, tu alma me pertenece.

—Perdone usted, señor; pero esta firma no es mía.

—¡A ver, que vengan tres peritos calígrafos!

De una candente cacerola se sacó á tres relapsos que en el mundo habían sido revisores de letras con título de archiveros, bibliotecarios y anticuarios. Entraron seguidamente en funciones; hicieron escribir á D. Aquilino, y después de varios calesos y cotejos de altura, ligado á inclinación de letras con la del original, dictaminaron que en conciencia no podían asegurar fuese debida la firma temblorosa del impreso á la misma mano que trazaba caracteres caligráficos dignos de Iturzaeta y Valliciego con tanta soltura como envidiable pulso. ¡Bueno lo tenía D. Aquilino cuando firmó el enganche de marras! Así le salió ello. En cambio ahora, tranquilo y confiando en su antigua pluma de escribiente con la que ponía en limpio las reales órdenes de la Dirección de Propiedades, acababa de hacer primores dibujando hasta letras de adorno con toda clase de curvas y rasgueos.

La prueba iba bien, pero faltaba otra decisiva: el cargo con Belial. D. Aquilino se mantuvo firme. No lo conocía sino para servirle y nunca le llamó ni entró en su casa, cuanto menos para facilitarle cinco mil pesetas, cantidad que en su vida había visto junta. Belial tampoco podía afirmar que fuese el mismo sujeto al que se las entregó. Tantos visitaba á diario que confundía las caras.

Satanás dictó sentencia decretando la «ex-ínterferencia» de D. Aquilino, fundada en la falta de prueba y disponiendo que los mil duros los reintegrase al fisco el agente Belial de la fianza que tenía constituida, con nota en su expediente por negligencia punible y postergación para ascensos durante cinco mil años, ó sea tantos como pesetas se dejó timar en el caso referido.

—¡Despejen!—dijo el soberano de las regiones infernales, haciendo sonar con fuerza la campanilla... cuyo ruido despertó á D. Aquilino que roncaba profundamente desde la madrugada.

El campanillazo había hecho retumbar la alcoba. Era el procurador de don Serapio que venía con la lata del pagaré. Y D. Aquilino al verle se acordaba de su sueño, pensando que seguramente no saldría tan bien librado de las garras de la curia como de las de Satanás.

Angel de la Guardia.

Teatro-Circo Villar

Anoche se verificó la función organizada por el Centro Obrero, representándose por segunda vez el drama de los Sres. Francos Rodríguez y Gonzalez Llana, «El pan del pobre».

La concurrencia fué bastante numerosa, especialmente en las localidades altas.

Escucharon aplausos en el desempeño de sus papeles, las Sras. Ramirez y Molina, niña Lola Segura y Sras. Baleriola, Vera y Rodríguez.

El himno del trabajo, cantado bajo la dirección del maestro Ayala, fué muy aplaudido.

En los intermedios ejecutó la banda de música de la Casa de Misericordia la

«Marsellesa» y el «Himno de Riego», entre grandes aplausos.

Los obreros obsequiaron con un pastel de á real y medio á cada uno de los pequeños músicos, quedando muy agradecidos aquellos á los Sres. Presidentes de la Diputación, Vicepresidente de la Comisión provincial y Director de la Casa de Misericordia, por no haberles interesado nada por el pasacalles anunciador y por amenizar los intermedios de la función.

Respondiendo á la invitación del Centro Obrero, asistieron al espectáculo comisiones del Círculo de Bellas Artes y de la Liga de Dependientes, las cuales pasaron al escenario á saludar á los obreros.

El terremoto de ayer

Ayer se notó un fuerte terremoto de gran trepidación y de unos seis segundos de duración, en gran parte de la próxima provincia de Alicante, especialmente en los pueblos de Dolores, Callosa del Segura, Orihuela, Elche y toda esa zona.

El fenómeno sísmico ocurrió á las 3:55 de la tarde y parecía llevar la dirección de Poniente á Levante.

La alarma en los citados pueblos fué extraordinaria, pues la trepidación fué muy violenta.

No han ocurrido, que se sepa, desgracias personales.

Muchas casas han quedado ruinosas y el pánico era grande por el temor de que se repitiera el fenómeno sísmico.

En esta capital apenas si se notó el terremoto.

Muchas personas aseguran que á la citada hora observaron una pequeña trepidación conviniendo todas en la hora y en lo observado.

La mayoría del vecindario no se apercibió, por lo que la alarma fué escasa.

Riñas de gallos

Con motivo de celebrarse ayer el desafío concertado de la célebre «Zapatera» de Faz, con una jaca de Alfredo, se vió el lidiador de nuestro amigo Valle, completamente llano de aficionados, á pesar de haber en la plaza de toros corrido de novillos.

Antes de comenzar la riña del desafío, se hicieron una infinidad de apuestas á favor de una y otra jaca.

A las tres en punto apareció en el sillón presidencial, nuestro amigo el inteligente aficionado D. Miguel Abellán, saliendo al peso Faz con la famosa «Zapatera», peso 42 y Alfredo con una colorada de igual peso.

Comienza la riña en medio de una gran expectación entre el público: las apuestas que se cruzan son muchísimas: la jaca de Alfredo dejó tuerca á la «Zapatera» en el primer tercio de la quimera, dándose mormos á favor de la jaca de Alfredo, la cual perdió el pico á los pocos minutos, dando lugar por dicho motivo á que la «Zapatera», venciese á su contraria en cortísimo tiempo.

Al terminar la riña y al ir á recoger el amigo Faz su famosa «Zapatera», fué saludada esta con una salva de aplausos por el numeroso público que llenaba el local, el cual lamentaba el haber quedado ciega de un ojo esta célebre jaca.

En segundo lugar salen al ruedo un pollo de Pelaez, jabado, peso 3:3 puya 15 con uno de Guerrita, colorado, de igual peso y puya: el colorado llevó ganada la riña durante unos minutos, pero no daba más que palos, por lo cual dió lugar á que el pollo de Pelaez, que pagaba con las puyas, venciese al pollo de Guerrita.

Salen al ruedo en tercer lugar un pollo de Pelaez, negro, peso 3:3 puya 12, con otro de Guerrita, jabado, peso 3:2 puya 12, venciendo el pollo de Pelaez á su contrario.

Y cuarta y última riña dos pollos colorados de Alfredo y Guerrita, peso 3:12 puya 17, venciendo á su contrario en breves minutos el pollo de Guerrita.

Resumen: La primera, superior de verdad por parte de las dos jacas, pues si la colorada de Alfredo no pierde el pico, probablemente hubiera vencido á «Zapatera».

La segunda una verdadera lata para los aficionados, pues creo yo, que el amigo «Guerrita» debió levantar á su pollo un cuarto de hora antes de postarse por última vez.

Esta riña lata duró más de media hora.

